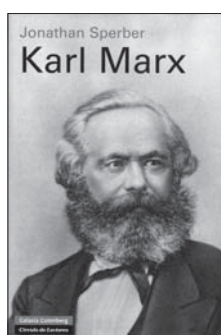


Marx antes de Marx

Jacobo Muñoz



Karl Marx. Una vida decimonónica

Jonathan Sperber

Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013

En otoño del 2008, cuando la todavía no plenamente superada crisis económica mundial presentaba ya con hiriente contundencia su amenazadora faz, *The Times* publicaba una foto de Nicolás Sarkozy hojeando *El Capital* acompañada de un llamativo «¡Ha vuelto!» Y una de las obras más difundidas y comentadas de los últimos tiempos, sobre todo en el mundo angloamericano, aunque no solo en él, lleva por título precisamente *El Capital en el siglo XXI*. Pero, en realidad, no se trata simplemente de un retorno propiciado por «la» crisis. Porque Marx, que aunó orgánicamente en su persona dos dimensiones no fácilmente conciliables, la de investigador y científico social riguroso y la de revolucionario y luchador político incansable, nunca estuvo ausente, de un

modo u otro, en nuestro mundo. O, al menos, en los movimientos emancipatorios más relevantes y representativos del siglo XX. Como bien recuerda Sperber, «marxistas fueron los líderes de los movimientos de masas europeos de principios del siglo XX, los defensores del derrocamiento violento del zar, los revolucionarios profesionales de la revolución mundial comunista, los activistas antiimperialistas de África y Latinoamérica de mediados del xx y los jóvenes intelectuales de Europa Occidental y Estados Unidos descontentos con la sociedad de masas en los sesenta». Sin olvidar, claro es, a los líderes de los regímenes comunistas europeos y asiáticos del siglo XX. Nada tiene, pues, de extraño que Marx haya sido visto por muchos como un contemporáneo en sentido

estricto. O lo que es igual, como un contemporáneo «perenne».

No es este, sin embargo, el Marx que interesa a Jonathan Sperber en esta biografía prácticamente definitiva, que viene a unirse a la ya clásica de Franz Mehring o a la más reciente de David McLellan, y que no habría sido posible sin el manejo de una fuente de información nueva tan valiosa como la edición completa de las obras de Marx y Engels (MEGA), que incluye tanto las cartas recibidas por los propios Marx y Engels como las enviadas por ellos. Frente a quienes entienden a Marx desde la perspectiva de su actualidad incommovible, Sperber prefiere entenderlo como «un personaje anclado en el pasado, que tomó las circunstancias de la primera mitad del siglo XIX y las proyectó en el futuro». En el bien entendido de que para Sperber esta «proyección» no hace de Marx, frente a lo que tantos han dado por supuesto, «un intérprete clarividente y fidedigno de las tendencias históricas». Centrándose en su vida privada, en sus actividades públicas y en su trabajo científico y periodístico Sperber reconstruye, en fin, con minuciosidad admirable, una vida paradigmáticamente «decimonónica». Y la sitúa en su marco histórico, tan determinado por las consecuencias de la Revolución francesa como por la aparición y desarrollo del capitalismo industrial. El lector buscará en vano, pues, tomas de posición sobre las interpretaciones de Marx posteriores a su muerte, de la naturalista y positivista de finales del XIX a la filosófico-existencial de mediados del

XX y de la marxista-leninista de la Academia soviética a la de determinados estructuralistas y postestructuralistas franceses más o menos vinculados al 68.

De todos modos, convendría subrayar que para Sperber «entender a Marx en el contexto de su época y no de la nuestra nos permite esclarecer nuestra situación actual», siendo esta «una de las mayores virtudes intelectuales de una biografía escrita en las primeras décadas del siglo XXI». Y no solo eso. Porque para Sperber la percepción cabal de los rasgos distintivos de nuestro tiempo pasa por la elevación a conciencia de los contrastes entre su siglo y nuestro tiempo. Sea como fuere, situar a Marx en su época con la intención de comprender el pasado en sus propios términos, pasa para Sperber por tener bien presente que cuando Marx hablaba de capitalismo no se refería a su versión contemporánea, por no olvidar que la burguesía que Marx disecciona críticamente no se corresponde con la clase actual de los capitalistas globales y, en fin, por no perder de vista que Marx, al que el autor de esta excelente biografía atribuye un carácter apasionadamente irreconciliable, inflexible e intransigente, trabajaba con una noción de ciencia, la recogida por la voz «*Wissenschaft*», que tiene poco que ver con la hoy canónica de «*science*».

Desde estos supuestos Sperber nos presenta un Marx revolucionario, defensor de una idea de revolución que incluía la transformación de la estructura económica y de las relaciones de propiedad, que intentó con gran energía a lo largo de toda su vida de

trabajo y lucha aunar una política jacobina y un análisis científico propio del capitalismo, como correspondía a su naturaleza de erudito con una indomeñable inclinación al activismo político o de activista con una tendencia no menos poderosa al estudio y a la erudición.

Marx no dejó de sustentar nunca la creencia en un inequívoco paralelismo entre una futura revolución socialista, en la que el poder burgués sería derrocado por los trabajadores «unidos», y la Revolución francesa, mediante la que la burguesía había puesto fin, no sin violencia, al dominio de la nobleza feudal y su régimen de privilegios y particularismos. Fiel a la misma, militó en asociaciones revolucionarias como la Liga de los Justos, luego de los Comunistas, o más tarde la AIT, cuyas vicisitudes analiza exhaustivamente nuestro autor. El fracaso en la confianza en la inminencia de una revolución proletaria y las experiencias del 48-49 le llevaron, de todos modos, a asumir pronto que la revolución se produciría como consecuencia de una crisis capitalista cíclica. Pero tras ver frustradas sus esperanzas revolucionarias tras la recesión mundial de 1857, Marx optó por minimizar la trascendencia de las crisis de cara a la desaparición del capitalismo, pasando a considerar que lo que llevaría a su final sería el contraste entre la riqueza generada por el incremento de la productividad del trabajo, fruto del aumento de la composición orgánica del capital, y la miseria de los trabajadores provocada por esta misma tendencia. Por otra parte, la búsqueda

transformación revolucionaria de las vigentes relaciones capitalistas de producción no dejó de plantearle interrogantes teóricos y prácticos de gran calado. Sus herederos directos de la Segunda Internacional tuvieron, por su parte, que confrontarse con alguno de los más candentes: ¿cómo podrían, en efecto, alcanzar los socialistas el equilibrio entre las demandas de acción revolucionaria inmediata y el abandono de los objetivos revolucionarios y la lucha de clases y su sustitución por la búsqueda de reformas en la sociedad capitalista actual y la conciliación de las clases sociales? Al final de su vida Marx llegó incluso a plantearse la posibilidad de nuevas formas de acción revolucionaria. Con todo, el dilema entre revolución y reforma siguió latiendo con fuerza entre muchos de sus seguidores.

Importa subrayar, en cualquier caso, que Sperber reconstruye con información admirable las diferentes dimensiones del Marx «genuino». Sobre todo la política y la científica. Pero también la correspondiente a su vida privada, al hilo de la que nos presenta un hombre afectuoso, jovial y afable, aunque también furibundo y sarcástico. Un anglo-alemán burgués –sin propiedades– del siglo XIX, patriarcal y puritano, trabajador incansable, que fue un abuelo cariñoso, un marido afectuoso y, finalmente, un anciano viudo con una salud cada vez más deteriorada.

Algunos de sus sucesores creyeron encontrar en su presunto «descubrimiento de la ley que rige el desarrollo de la historia humana», por decirlo

con las palabras que usó Engels en su elogio fúnebre de Marx, la prueba de que la tendencia general de la evolución económica y política avanzaba, en la Europa más desarrollada, con «inexorabilidad científica» al socialismo. Y es precisamente este Marx «profético» (o historicista, si se prefiere) el que Sperber considera más alejado de nuestro horizonte. Pero es dudoso que Marx defendiera otra «necesidad» del socialismo que la moral... En cualquier caso, Sperber asume una visión tan difundida como discutible de la filosofía marxiana de la historia. Y este es uno de los puntos débiles de su, por otra parte, tan notable biografía.

Usualmente definida como «materialismo histórico» la filosofía marxiana de la historia ha sido muchas veces concebida como un método. Pero es mucho más. Es, en realidad, una teoría de la macroevolución social de la que forman parte esencial tanto una serie de conceptos como los de trabajo social, modo de producción, fuerzas productivas y relaciones de producción, sucesión de modos de producción en una serie que permite conocer la dirección –no necesariamente orientada en un sentido teleológico de la evolución histórico-social– en la ordenación de su desarrollo lógico, por no citar sino los más relevantes, cuanto unas hipótesis heurísticas de carácter metahistórico. Entre una y otras existen, sin duda, relaciones muy estrechas. Tan estrechas como para poder sugerir, sin mayor violencia hermenéutica, la posibilidad de subsumir la primera en el cuerpo re-

ticular de las segundas, una vez aceptada, claro es, la trivialidad de que no hay *explicación* científica que pueda prescindir de regularidades, por tendencias que puedan ser. O sean. Y a conciencia de que en definitiva las «leyes» no son sino hipótesis actualizadas.

Es evidente que el énfasis en el materialismo histórico como teoría de la macroevolución histórico-social ha suscitado en ocasiones la identificación del mismo con el trazado –hegelianizante al fin– de un desarrollo unilineal, necesario, ininterrumpido y ascendente de un macrosujeto hacia lo que en *El Capital* se define como la «verdadera historia», esto es, la que algún día se hará bajo la dirección consciente y racional de hombres libremente asociados. Pero la conciencia del carácter hipotético y heurístico de ese conjunto de principios –o incluso «leyes», si se quiere– ha permitido, a su vez, corregir toda acusación de «determinismo» y de teleologismo a Marx. Toda sospecha de hipóstasis suprahistórica, en fin, de lo que a lo sumo podrían ser prognosis basadas en tendencias, incluida la del supuesto «paso» al socialismo. En el marco de la evolución histórica, tal como Marx dio en contemplarla, no hay lugar para profecías. El proceso histórico fue siempre, para Marx, un proceso *abierto*. Contingente. Y ni siquiera dejó de considerar la posibilidad extrema de que la lucha de clases acabara un día, tras guerras y siglos de depredación del medio natural, sin supervivientes, esto es, en «el mutuo hundimiento de las clases en lucha».

Lejos de ser herramientas de las que se sirve la Idea o la Razón para su despliegue en una serie de pasos normados, los sujetos de la historia -una historia finalmente «profana», esto es, libre ya de su secular sacralización por el idealismo- no son, en última y definitiva instancia, sino «los individuos corporales que existen bajo condiciones sociales mediadas por la relación práctica con la naturaleza». Consciente de que el factor decisivo en ese proceso abierto que es la historia no es, en última instancia, sino la producción y reproducción de la vida, el propio Marx nunca habló de leyes *de* la historia, sino de leyes *en* la historia, esto es, de regularidades vigentes en unas formaciones sociales dadas

y dentro de sus límites, cuyo estudio correspondería a los científicos sociales. Engels formuló de manera muy pregnante este *principio de concreción* en una carta que escribió en 1890 a Conrad Schmidt: «Nuestra concepción de la historia es sobre todo una guía para el estudio y nunca una palanca para levantar construcciones a la manera del hegelianismo. Hay que estudiar de nuevo toda la historia, investigar en detalle las condiciones de vida de las diversas formaciones sociales antes de ponerse a derivar de ellas las ideas políticas, del derecho privado, estéticas, filosóficas, religiosas, etc. Aquí necesitamos fuerzas ingentes que nos ayuden».

.....
 JACOBO MUÑOZ es filósofo, catedrático jubilado de la Universidad Complutense de Madrid.